

limbo

Núm. 31, 2011, pp. 5-8

ISSN: 0210-1602

SIMPOSIO SOBRE SANTAYANA Y EL PRAGMATISMO

Presentación

RAMÓN DEL CASTILLO y ÁNGEL MANUEL FAERNA

La relación de Santayana con el pragmatismo ha sido objeto de discusión permanente en la bibliografía especializada, y probablemente lo seguirá siendo. Este hecho ya indica de por sí que la relación es compleja, ambivalente y difícil de fijar. El abanico de las interpretaciones recorre una franja enormemente amplia, desde las que ven en Santayana algo así como un pragmatista extravagante, hasta las que lo califican, si no como el mejor crítico de James y Dewey, sí al menos como uno mucho más agudo y profundo que otros mejor conocidos y demasiado publicitados. Ante semejante variedad de posiciones, muchos espectadores no tendrían más remedio que concluir que la dichosa relación entre aquel americano accidental y algunos de los padres fundadores de la filosofía americana es, no ya problemática sino, sobre todo, *tensa*. Sin duda, eso es lo que la vuelve tan interesante.

No parece, pues, que el debate corra el riesgo de agotarse. El otro peligro, que se enquistase y se volviera escolástico y repetitivo, de momento se mantiene a raya por una feliz circunstancia: el paso del tiempo ha ido transfigurando el pragmatismo, y de algún modo también los modos posibles de leer a Santayana, de manera que los contrastes y los parecidos que podamos percibir hoy difícilmente serán los mismos que se veían ayer. Al fin y al cabo, si todo consistiera en responder a la pregunta sencilla y directa de si Santayana fue o no un pragmatista, ¿por qué no conformarnos con el “no”, igual de sencillo y directo, que él mismo dio por respuesta? Pero la distan-

cia nos da otra perspectiva: ¿a qué decía “no” exactamente Santayana?, ¿y qué parte de ese “no”, visto desde hoy, podría ser compartido por algunos continuadores del pragmatismo? En cuanto a esos continuadores, ¿a qué parte de Santayana podrían llegar a decirle hoy “sí” en un arrebatado pasajero de sinceridad? En verdad, es el propio problema de la relación el que se ha transfigurado. Ya no importa tanto, si es que importó alguna vez, cómo distribuir las etiquetas y los honores; importa más saber qué nos puede enseñar Santayana (ese insuperable destripador de filosofías ajenas) sobre el pragmatismo, y qué pudo aprender a su vez de él; pero todo ello tamizado por el paladar y el olfato de un lector contemporáneo. Los trabajos reunidos en este número, creemos, se atienen a esa intención y son buena muestra de las complejas facetas del problema: en mayor o menor medida, todos ven diferencias importantes entre Santayana y el pragmatismo, pero en todos también se aprende qué esclarecedor puede llegar a ser estudiarlos en paralelo o ponerlos a conversar.

Los artículos de Glenn Tiller (“The Assumption of Truth”) y Ángel Manuel Faerna (“Verdad sin esperanza: Santayana y la ilusión del conocimiento”) comparten temática y, a grandes rasgos, también diagnóstico. Si hay un punto específico en el que la brecha parece más grande entre las opiniones de los pragmatistas clásicos y las del Santayana maduro, ese punto está en lo que dijeron sobre la verdad: no necesariamente, como coinciden en señalar ambos autores, en lo que dijeron sobre la naturaleza y el funcionamiento del conocimiento humano, pero sí sobre la forma en que ese conocimiento puede relacionarse con la verdad como tal. Aquí el problema añadido es que en el interior del pragmatismo parecen convivir ideas sobre la verdad no del todo fáciles de armonizar, así que ¿desde dónde trazar exactamente la comparación? Tiller opta por cargar el peso en el carácter *ontológico* de la verdad santayana, frente a la concepción *epistémica* defendida por el “ala peirceana” del pragmatismo y frente al espíritu *deflacionista* de su “ala deweyana y rortyana”. Y aunque arguye la superioridad de la primera, también detecta un inquietante aire de paradoja en ella. Faerna, por su parte, incide más

en las consecuencias precisamente epistemológicas que se siguen de esa verdad entendida como categoría ontológica pura. Vistos desde aquí, los alineamientos bien podrían ser distintos, con un Rorty mucho más próximo a la redescipción que hizo Santayana del conocimiento (incluido el científico) como un juego de metáforas opcionales, que al sesgo empirista y naturalista de Dewey.

Precisamente, la presencia de Santayana en Rorty es el asunto del que se ocupa el artículo de María Aurelia Di Berardino (“Variaciones rortyanas sobre Santayana: tradición, ruptura y proyecto”): una presencia más relevante de lo que las escasas referencias explícitas al primero en la obra del segundo podrían dar a entender. Por un lado, la autora escarba en las huellas de Santayana sobre el relato histórico que nos ha dejado Rorty en torno a los avatares de la autoconciencia filosófica norteamericana en el tránsito de la Tradición Gentil al evangelio social, y de ahí a la apoteosis del profesional experto. Por otro, identifica en Santayana a uno de esos pensadores periféricos, relativistas y edificantes, que Rorty recomendaba una y otra vez como antídoto contra la tiranía de los vocabularios excluyentes y como modelo de un quehacer filosófico todavía viable, a caballo entre la ironía desestabilizadora y la originalidad poética. Pese a todo, Di Berardino constata una divergencia total en la forma que tuvieron Santayana y Rorty de lidiar con la contingencia: admitiendo que de nada sirve luchar contra ella con filosofías que buscan el fundamento de lo que no lo tiene, ¿qué queda por decir? Rorty pensaba que era justamente entonces cuando se podía volver a decir lo mejor de lo ya dicho —en dos palabras, el proyecto ilustrado— en un nuevo idioma, más cálido y flexible que el de la Razón, menos imponente pero más eficaz. Para la autora, el elemento femenino que subyace a esta apuesta “romántica y sentimental” de Rorty, a Santayana le habría recordado demasiado a la Tradición Gentil y su irremediable debilidad de carácter.

Probablemente, una nota significativa de este número de *Limbo* sea la frecuente alusión a los animales en las distintas colaboraciones. La dimensión animal de la vida humana siempre ha estado delante de los ojos para cualquier lector de Santayana, pero en los últimos

años el tema ha pasado a primer plano de los debates filosóficos. Los ensayos de Daniel Pinkas (“Santayana’s ‘Literary Ethology’, *Animal Pragmatism*, and the Moral Status of Animals”) y Ramón del Castillo (“Santayana entre pragmatistas. Animalario”) remiten expresamente al mundo animal, y funcionan de hecho como dos imágenes invertidas. Pinkas analiza las diferentes visiones de los animales (y del animal humano) en Santayana y en los pragmatistas, mientras que del Castillo utiliza metáforas y fábulas animales para iluminar las diferencias entre sus estilos filosóficos. El primero muestra a los filósofos hablando de animales, mientras que el segundo muestra a los filósofos mismos como animales. El trabajo de Pinkas logra situar las ideas de los viejos pragmatistas y de Santayana en el contexto del debate contemporáneo sobre la ética animal: repasa las posiciones de aquellos respecto a la comunicación entre animales y humanos, explora las ideas de Santayana sobre las raíces animales de la vida del espíritu, y deja una puerta abierta para futuras disquisiciones. Con tono polémico, critica la actitud de Dewey hacia la experimentación con animales, y aunque ve a Santayana más cerca de los otros pragmatistas (Peirce, James) en relación con esta problemática, parece claro que el valor que él otorgó a las analogías y a la imaginación es muy diferente al concepto de empatía de James.

Del Castillo, por su parte, se apoya en Isaiah Berlin y en Stephen Jay Gould para introducir a los pragmatistas y a Santayana en un mundo de fábulas animales y de animalarios. El análisis de las imágenes zoológicas que los propios filósofos utilizan o que se les aplican, lejos de reducirse a un mero ejercicio de psicología del carácter, ayuda a hacer comprensibles rasgos esenciales de sus filosofías. El autor repasa distintos tipos de dialécticas, como la de la zorra y el erizo, pero introduce también otros animales evocados por los propios pragmatistas y Santayana. Del Castillo subraya de manera especialmente significativa las diferencias entre el naturalismo que inspira las imágenes animales de los pragmatistas y la predilección de Santayana por figuras mitológicas que, de algún modo, representan la unión, a la vez que el salto, entre lo animal y lo espiritual.